

EN LA MUERTE Y PARA LA VIDA

Gabino Díaz y Paz Merchán, de Mora de Toledo

Gabino Díaz-Toledo Martín-Macho nació en Mora en 1897. Sus padres se llamaban Faustino Díaz-Toledo Bermejo e Isabel Martín-Macho Montoro. Se casó con María Paz en Campo de Criptana(Ciudad Real) el 6 de octubre de 1921.

María Paz Pascuala Merchán Gouvert era natural de Consuegra (Toledo) y había nacido el 19 de mayo de 1897. Fue bautizada el 21 del mismo mes en la parroquia de Santa María La Mayor. Su padre se llamaba Genaro Merchán del Álamo y su madre Matilde Gouvert Orta, natural de Jaén. La inscripción del bautismo recoge solamente el nombre de Pascuala. El matrimonio tuvo dos hijos: Gabino y Francisca Isabel.

El hijo mayor, **monseñor Gabino Díaz Merchán**, que fue arzobispo de Oviedo (1969-2002) y presidente de la Conferencia Episcopal Española (1981-1987), nos cuenta que tenía un primo hermano en Campo de Criptana (Ciudad Real).



“Mi primo era el jefe de la FAI, era anarquista y, al ver que



LLAMADOS A LA SANTIDAD

empezaban a matar gente, comenzó a armar a parientes y a amigos y a personas en peligro. Les dio el carné de la CNT. Los salvó, en una palabra. Mi primo vino a Mora porque el jefe del PC había sido amigo suyo en la infancia. Vino para interesarse por mi padre, que era del Partido Republicano Democrático, de Melquíades Álvarez e Hipólito Jiménez, que era de Mora. Y vino para llevarse a mis padres a Criptana, pero su amigo, Carlos Torres, le aseguró que no les pasaría nada.

Mi padre no se había distinguido en política. Tenía un comercio de ultramarinos al por mayor. Pero al mes fueron a por él y mi madre quiso acompañarlo, ir con él. Era una cristiana muy valiente y les dijo que ella quería morir con su marido. “-*No diga barbaridades, no vamos a hacerle nada*”, dijeron ellos. Pero los cogieron en un coche y los llevaron al lugar donde los mataron”.

Gabino llevaba el ánimo muy caído, acordándose de sus dos hijos; su esposa le iba confortando diciéndole que pensara en Dios, que él no quería más a sus hijos que Dios... Cuando los pusieron ante el pelotón de fusilamiento, Paz le vendó los ojos con un pañuelo, y le cogió de la mano. Rezaba y decía jaculatorias. Entonces, volviéndose al pelotón, exclamó: “*¡Viva Cristo Rey!*”. Y así murieron.

“Fue providencial -declara monseñor Díaz Merchán- que mi madre fuera con él, porque lo consoló, lo ayudó, lo fortaleció. **Mi madre murió mártir del matrimonio**, entregada a su marido, por encima de sus hijos y sin que fueran a por ella. **Morir por el matrimonio es morir por la fe**. Murió casi como un sacerdote que ayuda a morir a una persona. Dieron un buen ejemplo cristiano. Valoro eso más que si me hubieran dejado tierras o dinero”.

Esto sucedió el 21 de agosto de 1936. Según las actas del Ayuntamiento, tenían en el momento de su muerte 42 y 41 años respectivamente. Sus cuerpos reposan en la *Capilla de los Mártires* de la parroquia de Nuestra Señora de Altagracia de Mora de Toledo.

“Viví la muerte de mis padres como una tragedia, a los diez años. Aunque me rodeó el cariño de mis tíos y primos, que me toleraron todo,

demasiado, el cariño de los padres es algo que no se puede sustituir con nada. Mora tendría entonces quince o dieciséis mil habitantes. **Mi padre era querido por los vecinos porque llegó un momento en que fiaba a todo el mundo. Había muchos obreros parados.** Me acuerdo que cuando salí de casa los primeros días vestido de luto los vecinos me paraban, me besaban y lloraban. Muchas veces pensé que mis padres se habían ido a México y que vendrían algún día”.

Del Youcat,

El matrimonio es indisoluble por tres razones. Por un lado, porque corresponde a la esencia del amor el entregarse mutuamente sin reservas; luego, porque es una imagen de la fidelidad incondicional de Dios a su creación; y es también indisoluble, finalmente, porque representa la entrega de Cristo a su Iglesia, que llegó hasta la muerte en Cruz. [Cf. CIC 1605, 1612-1617, 1661]



En un tiempo en el que en muchos sitios se rompen el 50 por ciento de los matrimonios, cada uno que perdura es un gran signo, en definitiva un signo de Dios. En esta tierra en la que tantas cosas son relativas, los hombres deben creer en Dios, el único absoluto. Por eso todo lo que no es relativo es tan importante: alguien que dice absolutamente la verdad o es absolutamente fiel. La fidelidad absoluta en el matrimonio no es tanto un testimonio del logro humano como de la fidelidad de Dios, que siempre está presente, aun cuando a todas luces le traicionamos y le olvidamos. Casarse por la Iglesia quiere decir confiar más en la ayuda de Dios que en la propia provisión de amor (nº 263).